



*La de María*  
y otras historias de  
**HURLINGHAM**

*relatos de*  
**GUSTAVO H. MAYARES**

---

**la de maría  
y otras historias  
de hurlingham**

CUENTOS

**GUSTAVO H. MAYARES**

**LA DE MARÍA Y OTRAS HISTORIAS DE HURLINGHAM**

© **Gustavo H. Mayares**

[gustavomayares@yahoo.com.ar](mailto:gustavomayares@yahoo.com.ar)

<http://gustavohmayares.com.ar>

Prohibida la reproducción en cualquier forma sin la autorización de los propietarios del  
copyright

---

A mis amados hijos  
**Natalia y Federico**  
(por estricto orden de aparición)

A mis amigos  
**Ale, Julio y Robert**  
(por estricto orden alfabético)

---

# ÍNDICE

- un fantasma llamado maría / 6
  - la mansión morris / 21
  - historias de amor / 24
  - mi primer trabajo / 29
    - villa libertad / 35
    - por una cerveza / 41
      - mescalina / 45
      - sábado / 50
- tu nombre me sabe a yerba / 56
  - voraz / 60
- cuestión de suerte / 62
  - accidentes / 67
  - la inundación / 71

# un fantasma llamado maría

Para María, que lo inspiró sin haberse ido.  
Para Dolina, por la trama para tal anomalía.

En la época del ocaso de los dioses, conviene advertir no obstante que todo lugar, ciudad, poblado, comarca o caserío tiene su mitología y Hurlingham no es la excepción como supongo no lo es ningún sitio de esta región inexplorada que los geógrafos profesionales han denominado Conurbano, suburbios urbanos y no tanto de esa metrópolis sin alma llamada Buenos Aires. Puede que Dolina no coincida con esta afirmación, a saber: Buenos Aires no tiene alma, y argumentará a su favor que Flores, que Villa del Parque, etc., blandiendo los gruesos volúmenes de sus *Crónicas del Ángel Gris* y demás.

Por ahí tiene razón; pero convengamos que difícilmente pueda haber mitología –más allá de compadritos, esquinas rosadas, tangos prostibularios,

etc.— donde el sol, la luna y el horizonte suelen ocultarse tras enormes edificios grises. Los ciudadanos de esa urbe suelen obnubilarse con las veredas, sus famosas baldosas sueltas (infames cuando llueve o ha llovido), el macadán o los adoquines, según corresponda, y el cielo siempre oscuro pues el camino de estrellas que anuncia la Vía Láctea les está vedado debido al eterno artificio de sus candilejas, llámense oficialmente iluminación pública o vulgarmente luces de mercurio.

Se sabe además que esas presuntas mitologías porteñas vienen de lejos y de ellas no queda sino historia, como bien lo apunta el propio Dolina al advertirnos sobre la desintegración lisa y llana de grupos y/o asociaciones de vecinos sensibles y refutadotes de leyendas, entre otros. Incluso, profundamente alarmado, se ve en la obligación moral de brindarnos los reglamentos escritos de juegos para él desaparecidos de la faz porteña: bolitas y escondidas, por ejemplo.

En este mismo sentido, cabe consignar que las fábulas de marras no provienen del centro sino de los barrios periféricos (Flores, para el caso), que en alguna época ya lejana eran más Conurbano que Capital, más barro que asfalto. Hoy, cuando millones han poblado dichos arrabales con su pobreza y simultáneamente sus hábitos de consumo compulsivo, nada queda de periférico en esos sitios que todo el mundo llama también Centro: *Voy al Centro*, suele comentar cualquier moronense o matancero aunque se dirija a La Paternal

o a La Boca, incluso a Floresta. Los hijos de esos fatuos inmigrantes han olvidado por eso las costumbres de sus padres y abuelos y nada hay que los estimule al juego comunitario y al aire libre, caldo de cultivo en el que suelen cocinarse y luego condensarse los mitos y leyendas, camperas por naturaleza. Entre los pibes, ahora reinan la compu y los juegos en red.

Por el contrario, en este Conurbano en general y en esta Hurlingham en particular dichas mitologías vienen de lejos pero se van recreando y creando durante ayer, hoy y mañana; quiero decir: aún se juega cotidianamente a la bolita, a la figurita (chupi, punto y rébol, espejito), a las escondidas, al fútbol y a la paleta en veredas y calles recientemente asfaltadas. También se ven acá y allá potrereros sobrevivientes donde chicos y grandes despuntan el vicio futbolero, mientras los también apasionados porteños –por qué negarlo– se condenan al cemento techado o al césped sintético, en el mejor de los casos.

En la Capital falta espacio vital, sobre todo horizonte.

Es difícil distinguir si los mitos porteños, por otro lado, son verdaderos en tanto tales o más bien cuentos inventados a falta natural de ellos, mitos, por personajes como el ya nombrado Dolina, Borges y Piazzolla, entre muchos otros y en estricto orden aleatorio. Se me hace que estos talentosos individuos son a Buenos Aires lo que Bécquer a Madrid o donde quiera de tierra española que transcurran sus afamadas leyendas. Es decir: puro artificio, como el psicoanálisis.

En Hurlingham en particular y en el Conurbano en general, al contrario, los mitos son tan reales como el aire que respiramos o los yuyos de las zanjas (los porteños ya no conocen ni a unos ni a otras). Nadie dudó, duda ni dudará jamás sobre la existencia casi corpórea de María y su fantasma o del Fantasma de María, para mejor decir. María, como la llaman amigablemente los parroquianos, existió, existe y existirá por siempre. El rastro de perfume alimonado que deja tras su cansino y vaporoso andar por las principales arterias hurlinguenses, sobre todo en las noches de Luna llena, es prueba inopinable de ello.

Aunque sin haber nacido en Hurlingham (son o mejor dicho eran rarísimos estos casos; hoy la cosa ha cambiado algo), María fue la primera hippie hurlinguense y una de las primeras en la región, sino en el país. A finales de los cincuentas, cuando ella promediaba la escuela primaria, su familia se mudó de Loma Hermosa a Barrio Luna, en el suburbio del suburbio. Y hacia mediados de los sesentas, ya adolescente, escandalizaba a propios y ajenos con sus extravagantes vestidos hindúes, sus raras para la época costumbres alimenticias (se proclamaba vegetariana, cuestión que provocaba continuas reyertas familiares) y su para entonces increíble preferencia política: el pacifismo o la no-violencia, como se prefiera, cuando al fuego de la revolución cubana se cocinaba el Cordobazo, el Mayo Francés y los grupos armados para el suicidio. Digamos que, en términos generales, replicaba femenina y

localmente al Mahatma Gandhi.

Otro defecto mariano, no menor, se refiere a su gusto literario: era devota de Cortázar y consideraba a su corpus literario, el cortaziano, como el más grande logro artístico que hubiese producido la civilización humana. La Capilla Sixtina, la Novena Sinfonía, el Partenón, la Fuente de las Nereidas y la Bombonera, entre otros monumentos y obras que prueban la capacidad del hombre para adornar lo que la Madre Naturaleza ha hecho, eran para ella meros rompecabezas infantiles si se los comparaba con *62 Modelo para armar*. Incluso sabía afirmar para sorpresa general –y a posteriori más aún para un tal Gustavo– que *Rayuela* le había cambiado la vida, nadie sabe si para bien o para mal pero cambiado al fin.

Otra de sus escasas –para ser justos– debilidades: tenía fe ciega en el psicoanálisis. De hecho, concurría semanalmente a una psicoanalista freudiana y a un psiquiatra conductista, en días y horarios distintos, por supuesto.

El caso es que María, bastante más tarde pero sin haber abandonado los hábitos hippistas (al menos los referidos a cuestiones estéticas, pues apenas entró en la adultez comenzó a consumir milanesas a la napolitana e incluso churrascos) se enamoró de un autodenominado escritor nacido y criado en Hurlingham, a quien conoció casualmente en el chat de Hotmail; mera fortuna o ¿execrable fatalidad...? En realidad se trataba de un escriba de poca monta que se ganaba la vida redactando

articulitos banales para un periódico local, tan intrascendente como el tipo de marras; Gustavo era o es su nombre (nada sabemos hoy de su actual situación y/o paradero).

Pero a los dos infortunios precedentes, a saber: 1) enamorarse y 2) de Gustavo, María sumó un tercero que cambió su vida para siempre –bastante más que *Rayuela*– y que caro habría de pagar. Fanática de la literatura más allá de Cortázar y Huxley (por *Las puertas de la percepción*, específicamente), pidió a su amante que escribiese para ella una novela, un cuento, un poema, un relato, una cuarteta cuento menos, con el fin de demostrarle el amor y la pasión por ella sentidos. Ninguna dama coqueta, por muy hippie que sea, puede escapar a la tentación de ser musa.

A pesar de los ruegos, las súplicas, los llantos contenidos y todo eso, Gustavo se emperrió en su negativa argumentando sabiamente lo que todo el mundo sabe (incluso Dolina): más allá de hacerlo habitualmente y de modo bastante deshonroso para levantarnos minas, los hombres escribimos nuestros mejores poemas, canciones y cuentos cuando hemos sufrido el llamado desengaño amoroso; nuestras musas se identifican con las señoritas y señoras que han tomado el sabio camino de dejarnos en pampa y la vía a cambio del primer caballero que les ofrece un buen presente y mejor futuro que el aventurado por nos, pobres irredimibles y penitentes. ¡Así es la vida del varón, por muy poeta que fuere! Pruebas al canto: él

exhibió las obras dedicadas e inspiradas, según dijo, a las mujeres que había amado y que, por razones de diversa índole que no vienen al caso, lo habían abandonado y olvidado en forma poco menos que inconsulta.

Cuando se trata de alcanzar el fin deseado y en especial si se trata de obtener algo de su hombre, sea ello una novela, una joya, un ramo de flores o un chocolatín, las mujeres suelen comportarse como perros de presa: sacan a relucir su vasto arsenal de armas químicas y bacteriológicas para conquistar sus objetivos territoriales y/o sentimentales. María, hippie y todo, era ante todo una mujer. Y bien, no cejó en su cometido hasta que lo hubo satisfecho. Pero al no obtenerlo por los medios convencionales, ya que Gustavo se mantuvo en sus trece, para ello hizo el más grande de los sacrificios que por entonces creyó posible.

A pesar de amarlo infinitamente, de desearlo y anhelarlo como sólo puede hacerlo una señorita perdidamente enamorada, de hacer por él las más pequeños pero humillantes tareas con el fin de satisfacer caprichos y necesidades cotidianas (por ejemplo, lavar sus los platos, los de él, cuando odiaba lavar platos), de serle tan necesario como el agua y el aire, como la cerveza y el tabaco, de condenarse a la fidelidad más abyecta con el fin de no darle disgustos, a pesar de todo hizo por él el más grande acto de desprendimiento y constricción que persona en esa condición puede hacer: lo abandonó. Sin mayores explicaciones ni

plantear esta boca es mía, dejó al escritorzuelo llorando su pérdida, o sea ella, sin consuelo ni calma, hasta que escribir su nueva obra maestra exorcizara el nuevo desamor al que María lo había condenado, como tantas otras ingratas. De ahí que su obra fuera tan vasta como desconocida.

Para ir resumiendo: fue casualidad planeada por ella que a los pocos meses se cruzaran en Paganini y Gibraltar, frente al domicilio del mencionado individuo, y fue causalidad que él comentase in situ la existencia de una novela intitolada *María* que, según aseguró, nada debía a José Mármol ni a otro picapedrero de similar estirpe melodramática y/o decimonónica. Con el nada velado propósito de reconquistar el amor de tan bella mujer, la más bella que hombre alguno haya contemplado en vida, Gustavo le ofreció el original que ¡oh suerte de los bienaventurados! llevaba encima: casi quinientas páginas que ese mismo día había hecho anillar para mayor comodidad del eventual lector. María, con la satisfacción del deber cumplido, congraciada nuevamente con la vida y bien dispuesta a retornar a los brazos del ser aún amado, aceptó sin más el convite, tomó el bloc anillado de hojas A4 y prometió volver a ese mismo sitio una semana más tarde, cuando –según tenía calculado– hubiera terminado de leer y releer la materialización de sus deseos y el propósito de sus pesares.

La historia, empero, sigue siendo más fuerte que los deseos más intensos de los hombres y aún de las

mujeres, sean éstas emperatrices, princesas, almaceneras o ilusionadas hippies cortazianas.

Fue tal su desencanto con la obra en cuestión, tal su desilusión con los prolegómenos del mamotreto cuyo autor denominó pomposamente novela, tal su desconsuelo ante el fallido argumento del engendro, tal su rabia ante la desmesura del esfuerzo realizado para recibir a cambio la poca cosa literaria redactada por el autor de marras –a cuya trama no vale la pena referirse–, que resolvió vengarse. Dos días y sus respectivas noches le llevó tramar la medida extrema: enamorar hasta la perdición a escritores novatos y/o sin talento con el único fin de abandonarlos luego en un afiebrado letargo al que sigue la compulsión por escribir o cantar sus males amorosos por medio de poemas, textos o canciones irremediablemente mediocres. Tal su meditada revancha. Pero ¿cómo llevarla a cabo sin perecer en el intento?, se preguntó apesadumbrada.

Como en Flores y donde quiera que reinen las mujeres despechadas –dicen que en el mundo entero–, en Hurlingham también hay brujas y fue en la segunda noche del segundo día que ante ella, mientras daba las últimas puntadas al maléfico plan en el comedor de su casa de Coraceros y Poeta Risso, entre mate y mate, se materializó la Bruja del Oeste, señora un poco melancólica y triste y un tanto feúcha que suele consolar a señoritas presuntamente inconsolables cuya única alternativa parece ser, a priori, el desgracia-miento. Ni corta ni perezosa y a sabiendas del asunto en cuestión,

ésta le propuso el siguiente trato: brindarle belleza incontestable, lo que María despreció soberanamente (las bellas suelen despreciar las bondades físicas cual virtud de la que cualquiera puede prescindir ya que lo importante es lo de adentro, dicen las muy guachas); ser tan atractiva como el agua para un beduino o el aire para los asmáticos en medio de una crisis, y la eternidad. Pero hete aquí que esta última concesión era imposible de ser satisfecha sino por un pequeño detalle: que María vagaría por siempre por las calles hurlinguenses con forma de vaporoso fantasma, materializándose única y exclusiva-mente al momento de transar miradas, veladas o no tan veladas insinuaciones y algún que otro piropo con sus potenciales víctimas.

A cambio de tales despropósitos, la Bruja del Oeste prodigaría su castigo –como si ser fantasma por la eternidad no lo fuera–, por el sólo hecho de castigar; las brujas son tan malvadas que prodigan tormentos por puro placer. A saber: María debería utilizar esa eternidad para enamorar incautos, leer obras pretendidamente literarias mas absurdamente horribles e incultas y, finalmente –he aquí el fruto del trueque–, cantar en voz más o menos alta, cuestión que en el Oeste nadie olvidase letra y melodía, *Lo que me costó el amor de Laura*, incluso tarareando las partes sin letra.

Todo lo cual amerita una somera explicación. Como la juventud embellece per se, hay quien dice que el arrepentimiento afea ipso facto. Por cierto, nadie dudará que una mujer arrepentida de habernos abandonado es

de por sí más fea o siquiera menos bella que aquella que nos ha dejado irremediablemente. Quiero decir: no hay dama más hermosa que la que nos deja ni más espantosa que la que vuelve, a quien prontamente dejaremos nosotros por la primera chiruza que se nos cruce. Pues bien, la versión oficiosa indica que esta Bruja del Oeste era y es ni más ni menos que la propia Laura arrepentida, profundamente contrariada por haber dejado al pobre Dolina y descubrir seguidamente que nadie le daba la más mínima bolilla. Y que el tipo, para colmo, cuando ella retornó al hogar con el rabo entre las piernas –como quien dice–, le echó flit. ¿Volver? ¿Tan luego? ¿Después de tanto sufrimiento y tanta inspiración artística, tanto dolor transformado en valsecitos tangueros? ¡Ni a palos!, habría contestado nuestro querido Dolina a la revisitación laurística. Dicen, no obstante, que el hombre fue mucho más educado y responsable al responder la invitación de compartir de nuevo catre y macarrones: los asuntos pasan una vez como tragedia, de la cual pueden surgir más bien operetas, y al repetirse como farsas, citó el Negro sin pagar derechos de autor, según ase-guran viejos vecinos de Caseros –alguno que otro lindero–, quienes aventuran conocerlo como a las palmas de sus manos.

Hay también quien dice que la Bruja no es otro que el mismísimo demonio, Satanás encarnado, Lucifer con polleras. Los defensores de *La teoría Laura* (así se titula un folletín anónimo que circula por Bustamante en casi toda su extensión, desde Vergara hasta Villegas)

llaman a esto especulaciones banales. No obstante, ni unos ni otros pueden aportar pruebas al canto, más allá de la exigencia de cantar, precisamente, *Lo que me costó el amor de Laura*, lo que abona la primera teoría, desarrollada ampliamente en el mencionado y memografiado folletín.

Lo redondamente cierto es que la Bruja del Oeste, Laura, Lucifer o como quiera que sea su nombre, ofreció a María la oportunidad de la venganza y ella no dudó en aceptar la transacción pues se conocía de memoria desde los compases de la *Obertura* hasta los versitos finales de *El enamorado* y *la muerte*. De modo que desde entonces vive (¿¡vive...!?) ejecutando su cruel desquite; más cruel que Libertad Lamarque cacareando *Besos brujos*, apunta de vez en vez un sensible hurlinguense —cuya identidad es preferible mantener en reserva, por obvias razones de seguridad— que suele verla a la tardecita en la esquina de Roca y Jauretche, haciendo sus terribles conquistas entre quienes descienden del Urquiza. Trátase del mismo y desaprensivo individuo que sentencia: las minas no debieran cantar tangos, ni Lamarque ni Azucena Maizani ni Tita Merello ni Eladia Blázquez ni Adriana Varela ni Patricia Barone...., porque el tango es cosa de hombres, explica con calculado cinismo.

Se sabe además que la venganza es el placer de los dioses; pero María no era ni es uno de ellos, ni siquiera una deidad menor, sino apenas una figura fantasmagórica que vaga día y noche por las calles de Hurlingham con

su belleza intacta, superlativa, por cierto. Y si bien no ceja ni cesará en su propósito, refiere el mito que no siente ningún placer con semejante fin. Más bien todo lo contrario: el abandono permanente y su eterno desencanto con las obras por sus enamorados de nulo talento y en muchos casos de nulas capacidades gramaticales u ortográficas, le prodigan, hacen que el dolor sufrido una primera vez –antes de ser fantasma– se replique hasta el paroxismo. Pero no lo puede evitar: el hecho de encandilar badulaques, por muy escritores que se consideren, se le ha transformado en una pulsión fatal. La venganza es su laberinto. Ni siquiera en los vales dolinescos, hoy memorizados y cantados o tarareados al derecho y al revés, aún aleatoriamente, puede hallar consuelo a su infinito pesar.

En las tardes de verano, cuando de pronto el cielo se encapota con nubarrones de gris plomizo y se levanta esa brisa tibia pero tenaz que los meteorólogos han dado en llamar Zonda Hurlinguensis, cuya intensidad provoca el giro de los molinetes y el vuelo de sombreros de copa, hay quien dice que puede oírse en el ambiente, sin nada de esfuerzo, el llanto de María; un inquietante zumbido que las mayorías profanas atribuyen al viento mencionado atravesando las copas de los árboles que adornan todas y cada una de las veredas locales. Otros vecinos, más proclives a los finales trágicos, aventuran que el sonido es en verdad al grito de ultratumba de una señorita suicidada cuyo amor no pudo consumir, al menos con el ser amado. En fin, ambas versiones

tienen –como casi siempre, tratándose de saberes populares– su cuota de verdad.

De Gustavo poco y nada se sabe: que nadie nunca más volvió a pronunciar su apellido (el que ha pasado a un olvido nada espantoso); que siguió trabajando en el periódico local ya mencionado hasta que un episodio cardíaco, adjetivaron los médicos, lo pasó del otro lado. Los sensibles de Hurlingham o, para ser preciso, un par de ellos que quién sabe por qué inextricable razón le tomaron cariño, advierten que tras María amó y fue amado, asimismo que tuvo dos hijos a los cuales quiso como a nada en este mundo. Puede que si o puede que no. También se asegura, en otro orden de cosas, que escribió varias novelas de nulo interés para editores, varias decenas de cuentos y relatos que trascendieron entre amigos y familiares – los sensibles mencionados entre los primeros– y un archisecreto y casi mítico *Manual del amante empedernido o cómo sobrevivir a un despecho* que nadie ha visto ni leído jamás pero que, según versiones extraoficiales, tiene más de mil páginas en las que sin embargo no llega a desentrañar el modo de sobrevivir con entereza intelectual y espiritual a la pregunta del título.

Lo veraz y documentado es que varones sensibles (que en Hurlingham abundan, para presunto deleite de Dolina) suelen descubrir a María, materializada y fatalmente hermosa, en las avenidas Roca o Vergara, primero apalabrando jovenzuelos dark tipo Alan Poe

y/o galanes adultos de estampa gardeliana, e inmediatamente –o en forma simultánea (en virtud de lo cual hay quienes hablan de un mito colateral: que María no es una sino muchas mujeres-espectro, incluso que todas las mujeres de Hurlingham son María, fantasmas vengativos)– llorando en la ochava de la próxima esquina, soltando su lagrimita fantasmal por cada diptongo del original que lleva en mano y del cual pasa página tras página a una pasmosa velocidad. Dicen que esto ocurre, lo de la velocidad en la lectura, debido a la también pasmosa cantidad de obras absurdas que debe leer por noche, lo que da una idea aproximada de los amantes furtivos y no tanto, que han sucumbido diariamente ante su belleza y, por ende, caído en inmisericorde desgracia.

Mientras tanto, mientras el Fantasma de María sigue enamorando incautos literatos de última categoría que vagan por las veredas hurlinguenses en busca de vana inspiración y –para su perenne desgracia– hallándola, a mí me consumen los celos sólo consolados por esta pequeña, personal y miserable revancha: ser conciente de que este, mi relato, la desilusionará tanto como lo han hecho los pasados y lo harán los por venir. No hay duda que los hombres sensibles de Hurlingham la seguirán viendo llorar en las siguientes esquinas, incluso en las de William Morris, de Villa Tesei y alrededores.

Como colofón, valga entonces el siguiente y obvio apotegma: ni siquiera los fantasmas se libran indemnes de las vicisitudes del amor.

# la mansión morris

1984. Alejandra y yo teníamos veinte años, y Carmencita un par menos. Decidimos alquilar la casa porque se nos dio la real gana; no teníamos nada mejor que hacer. Sencillamente, era una buena idea que ya nadie recuerda a quién corno se le ocurrió. Tampoco tiene importancia.

Yo trabajaba como administrativo, con un sueldo de mierda; pero vendí un par de cadenas de oro, de esas que se guardan desde el bautismo, y así pagamos el adelanto, el depósito y la comisión del departamento tipo casa sobre Quequén, una calle de tierra a metros de Levalle, en William Morris. Por entonces, el barrio era oscuro y un poco lúgubre; peligroso, decían. Pero eso tampoco a nadie le importó.

La cuestión es que nos mudamos enseguida, con los pocos bártulos y petates que poseíamos, y así nos sentimos –al menos a mí me pasó– dueños de William Morris, de Hurlingham y de zonas aledañas.

Como debe ser, al poco tiempo hicimos una fiesta de inauguración y todo el mundo estuvo allí: Julio, el

hermano de Ale; Robert; Miguel, hermano de Carmen; Jade y Alejo, hermanos mutuos; Daniel, futuro profesor; el Negro Luis; Marcela; Angelito y la Cabezona, novios; el Buche y el Otro Buche; Tarantini; Romina; Jorge Po, y una banda innumera de desconocidos que aparecieron como por arte de magia: estudiantes, trabajadores, desocupados, militantes revolucionarios y desclasados en cantidad que sobrepasó todos los pronósticos habidos y por haber. Es que invitamos a uno, este uno invitó a otro y ese otro a uno más, como reguero de pólvora; cuestión que terminamos siendo una multitud.

Cada cual se había comprometido a traer sus bebidas y así lo hicieron todos. De modo que la inauguración oficial fue un gran suceso para la época, pues bebimos, fumamos, cantamos y charlamos después de que alguien, al entrar, dijo che, esto es una verdadera mansión, mientras escudriñaba con la mirada estupefacta las dimensiones astronómicas de la casa: tres piezas, el baño y la cocina-comedor. De modo que cada quien hacía lo que le parecía con total privacidad: un trío esnifaba en una pieza; un dúo hacía el amor en otra, y otro trío hacía de las suyas en la restante, cuando no alguien/es hacía/n vaya a saber uno qué en el baño, simultáneamente.

Si, repuso otro alguien a la primera observación, ¡la Mansión Morris! Y todos asentimos; orgulloso, yo. Pues así, de una forma tan banal, aquel departamento tipo casa, al fondo, a tres cuadras de la estación ferroviaria,

que al final de toda esta historia se hundiera en el río putrefacto y pestilente, como veremos, tuvo su nombre propio, para siempre. La mitad de Hurlingham la recordará así; la otra mitad morirá en la ignorancia más abyecta. Porque durante dos largos años, el centro del mundo estuvo allí, y nada ni nadie podrá cambiar eso.

# historias de amor

Atardecía tarde, valga la redundancia y como suele ocurrir en verano; es decir, como a las 8.30 ó 9.00 PM, si mal no recuerdo. Esto es que no me había emborrachado temprano sino que la noche era morosa en llegar. En extremo verano (como en extremo invierno, pero a la inversa), el horizonte entre la tarde y la noche es sumamente impreciso; quiero decir que, bajo ciertas condiciones climáticas, uno puede cenar a la luz de un sol mortecino y esas cosas...

El hecho es que estaba borracho como una cuba a esa hora de la tarde-noche, tal cual anticipé. Ale llegó relativamente temprano, es decir cerca de las 21, cuando era habitué de las 22.30 como mínimo, y apenas atravesó la puerta me abalancé sobre ella y pretendí besarla y manosearle sus enormes senos. Pero se resistió. Luchamos un par de segundos y de un brusco empujón me sentó en la silla más cercana, de pura casualidad.

¿¡Estás loco!?, chilló, sacadísima. Te amo, Ale, le dije. ¡Sos un boludo!, me dijo y disparó directo a la pieza; oí que la cerraba con llave y... nada más.

Una semana atrás había terminado conmigo, con nuestra relación; mejor dicho, me mandó a freir churros cuando se calentó con el compañerito del profesorado con quien también compartía las clases de teatro en Morón.

Medio a los tumbos, fui hasta la puerta y di unos golpecitos, mientras me puse a suplicar como el mejor. Ale... Ale... Ale... Te amo, Ale... Dame bola... Ale... Por favor... Dejame pasar... Ale...

Silencio.

Entonces, la puerta del frente se abrió y Carmencita ingresó triunfalmente a la cocina-comedor de la Mansión Morris. Hola, dijo, y sonrió. Le sonreí. Hola, dije, cómo estás, tanto tiempo. Si nos vimos esta mañana, repuso con su tierna inocencia de 17 ó 18 y el típico mohín de putilla barrial. Creí que había pasado un siglo, dije, sonriendo. Sonrió también, otra vez.

Hice unas zetas, rebotando en las paredes, hasta ella; la tomé por la cintura, la pegué a mí y le refregué mis labios en los suyos, sin poder abrirle la boca con mi lengua, al tiempo que posaba mis manos cada una en un cachete del redondo culo. Un culo que, tiempo atrás, me había subyugado en el Paseo de las Flores, donde... ¡Esta es otra historia!

El caso es que, de primera, hice todo eso porque teníamos cierta confianza: habíamos salido antes de que nos mudáramos a la Mansión y, obviamente, antes de haberlo hecho yo con Ale, y un par de veces nos habíamos fumado y encamado con posterioridad a la

mudanza, sólo por soledad o aburrimiento y sin ningún compromiso. O si, uno solo: a Carmencita le encantaba que la masturbara preliminarmente.

Pero se apartó. ¿Qué hacés, che?, preguntó, todavía sonriente. Te amo, le respondí, te deseo como a nada en este mundo. Mas se soltó igual de mi sujeción. Hoy no, Gus, se excusó. ¿Por? No estoy de humor, argumentó. Pero yo... te amo, insistí. Está bien, está bien, dijo. E hizo un rodeo y se encerró velozmente en el baño.

Confundido, me quedé parado en medio de la cocina-comedor, bamboleándome como un yo-yó. Qué es lo que pasa conmigo, me pregunté. Amo a esa mujer, me dije, y... y... y... Qué carajo pasa conmigo, me repregunté.

Alejandra salió de la pieza, me echó un vistazo de basilisco y golpeó la puerta del baño, desde donde Carmencita respondió con un ocupado. Entonces me le fui al humo. Ale, por favor, dije, yo te amo... Cual gacela, saltó nuevamente a la pieza sin prestarme la más mínima atención.

Me hundí de pronto en mis miserias. Salí de la casa. Era noche, definitivamente. ¡Mierda!, exclamé una y otra vez hasta que llegué a la calle, después de tambalear por el oscuro pasillo. Tropecé un par de veces antes de pensar en Romina. Encendí un cigarrillo y empecé a acortar distancias, unas cuantas cuadras, apenas, hacia mi verdadero amor.

Toqué el timbre. La madre asomó la cabeza, dijo ya

va y Romina emergió de la casa como de una lámpara mágica. Era hermosa, con sus 15 añitos recién cumplidos y sus pechos grandes y erguidos juvenilmente. Hola, saludó. Hola, qué hacés. Nada. Hum, vacilé, quería verte. Gesto de sorpresa, ¿¡Si!?! Ajá. Bueno..., pasó, dijo. Pasé. Fuimos a su habitación adolescente y nos sentamos en el borde de la cama. Te deseo, le disparé así nomás, sin preámbulo. ¿¡Qué!?, exclamó la muy turra, sin mover un músculo para alejarse de mi lado. Ni siquiera cuando comencé a acariciarle la espalda y susurrarle al oído, muy cerca, que quiero tu boca y tus tetas, morder tus labios y lamer tus magníficos pezones; no te imaginás las ganas que tengo de hacerte el..., de cogerte, me rectificué ipso facto, ni te imaginás, Romi...

No, Gustavo, fue su respuesta. Y se movió unos centímetros. Ahora no, aclaró. Te amo, le advertí; te deseo y te amo. Está todo bien, ¿si?, dijo, pero no. Te amo como nunca amé a nada ni amaré a nadie sobre esta tierra o sobre cualquier planeta, me explayé. Ajá, pero yo no, dijo imitando el eco lejano de todas las malditas mujeres de este miserable mundo.

La madre abrió la puerta de la pieza, sin golpear, para avisar que la cena está lista. Romina se puso de pie de un salto y me dijo bueno, te tenés que ir, ¿si? ¿Nos vemos más tarde?, le pregunté, excitado e irritado. No creo, concluyó ella, los senos como dos bombas de crema a punto de explotar bajo la remera blanca que le marcaba dos notables y deliciosos pezones

que imaginé dulces y morados.

La seguí hasta la puerta de calle, con su culo fijo en mis pupilas para no perderle pisada ni hundirme en los vahos de mi borrachera. Igual me choqué contra la puerta negra antes de poner pie en la vereda negra. Todo negro. Como la noche y el cielo. Como esta puta soledad que desespera y mata, habré pensado.

Cerca de la Mansión, como a dos cuadras, contra una oscura ochava en la que los chicos del barrio habían pintado “Montoneros”, vomité la vida.

# mi primer trabajo

Cada uno contó su historia y nos reímos, más de acuerdo a los gestos y mohines con que se acompañaban las mismas, las historias, que por su valor intrínseco, digamos.

Eran más o menos las seis de la mañana cuando se acabó al alcohol, de modo que Robert propuso que cada uno relatara la anécdota más graciosa y/o insólita de su propia vida y así lo hicimos para pasar el tiempo y olvidarnos que nada quedaba para mandar al buche.

Julio refirió el quilombo que tuvo con su tío cuando el tipo lo despidió del laburo por llegar cinco horas tarde a su puesto y la cara que puso cuando él, Julio, le pidió una nueva oportunidad; incluso habló de nuestros gestos, de Ale y mío, cuando llegó a la Mansión y anunció me echaron, no vuelvo a casa porque papá me mata y me quedo acá a vivir con ustedes.

Daniel mencionó una escabrosa anécdota del servicio militar, que incluyó una orgía sexual forzada, dijo, por un sargento primero y compartida por él y otros dos colimbas, que no terminó en la muerte de nadie

porque Dios es bueno, agregó como si fuera Jade pero sin serlo, sólo por decir.

Ale se negó rotundamente a contar nada de su vida privada aduciendo dos razones: porque no tenía nada que contar que valiera la pena en el sentido planteado, es decir, divertida o algo así, y porque la teníamos harta y se iba a dormir porque no quería oír pelotoduces, dijo y se fue a la cama haciendo esos de tan borracha y drogada.

Jade se mandó un obvio invento sobre apariciones en una parroquia del barrio, que no vienen al caso por estúpidas.

Robert se puso serio y contó del tren fantasma, según le había relatado su papá, maquinista del Urquiza, y las consecuencias que aquel portento tuvo para todos sus pasajeros, sobre todo para él, el padre de Robert.

Y yo conté la mía, tal cual sigue:

Como de costumbre, mamá me despertó con el té preparado y media flautita de pan. Salí de casa a eso de las seis y caminé las trece cuadras que distaba de la estación del San Martín en unos quince minutos, más o menos. En Aramburu y Ricchieri, gracias a que mi viejo lo conocía de pibe, el kiosquero me tiró el Clasificados. Le di las gracias y continué viaje a la boletería sin prestar ninguna atención a los diarios, revistas, libros y fascículos que el kiosco ofrecía pero no podía comprar. Buscaba trabajo, ¿se entiende?

Esa mañana de abril pintaba fresca pero linda para

caminar; así que saqué boleto a Retiro con las monedas contadas y me senté en el banco del andén atiborrado de obreros y oficinistas, como habitualmente. Pasé revista al rubro 27 y fijé el ojo avizor en “Empleado Adm. h/22 a. Viva zona. Bás+Viát+Com”. Interesante. ¿Dónde? “Vergara 1.857 V. Tesei”. Y bué, me dije.

Devolví el boleto y el boletero me reintegró las monedas tras poner típica cara de culo. De ahí, derecho a la parada del 640, con el vergonzante suplemento de Clarín bajo el brazo. Duro cual granadero, un poco por el frescor y otro por los nervios, esperé el colectivo hecho una pinturita: saco azul pasado de moda, prestado; camisa sport a rayas azules y blancas de McGregor; corbata bordó con pintitas verdes del abuelo Jorge, del año del ñaupa; pantalón de lanilla gris, y mocasines negros con dos borlas deflecadas de cuero cada uno, lógicamente. Una pinturita, he dicho.

Durante la secundaria pensaba que lo peor era rendir examen en marzo; en la colimba que llegar tarde después de un franco; en el inicio de mi vida adulta descubrí que, en realidad, no hay asunto más estresante que salir a buscar trabajo y enfrentar la entrevista de uno potencial.

De modo que tenía revueltas las tripas, sentía náuseas y evité a duras penas las arcadas cuando me llegó el turno. De la recepción me hicieron pasar a una oficina pequeña, amueblada con un solitario escritorio barato y dos sillas de pino, donde un chanta con pinta de pastor evangélico me interrogó sobre mi color preferi-

do, mi signo, mis ambiciones en la vida e intrascendencias de igual tenor.

Respondí a todo con la mayor calma que me fue posible fingir y se ve que le caí bien, pues me hizo esperar media hora más, hasta las ocho, y me dio el trabajo: preventista de cursos de inglés, libros a todo color con dibujos mnemotécnicos o algo así y discos long-play con no sé qué de repeticiones a tantas por segundo que el subconsciente capta mientras te bañas o dormís, ¿sabés?; te acostás una noche, con el disco puesto en el centro musical, en la pieza, y a la mañana siguiente sabés de memoria la lesson number one y bla bla bla. ¡Una barbaridad! Los soviéticos utilizaron el sistema para enseñar inglés a sus espías, ¿te das cuenta?

Lo primero, si quería ganarme los viáticos, era concertar por lo menos cinco entrevistas realizando un rastrillaje del barrio indicado. Así que me dieron fotocopias de la Filcar y encaré por Vergara como hacia Morón, según había marcado con resaltador verde flúo el boludo que se decía gerente de sucursal.

Un poco feliz por el primer trabajo conseguido a fuerza de clasificados, básico+viáticos+comisión, y bastante desconcertado por lo inesperado del mismo, o sea del trabajo, de sus características, quiero decir, encaré el tema con resignación mal disimulada.

La tarea consistía en golpear casa por casa para hacer una encuesta insulsa cuyo objetivo era convencer a padre, madre, tutor o encargado de que su hijo no tie-

ne futuro si no sabe inglés, y con el curso autoadministrable Master English, libros y discos incluidos, su pequeño o pequeña no dejará de aprenderlo como se debe, de la noche a la mañana, y se lo agradecerá de por vida, thank you very much, ¿entiende? Si el hombre o la mujer se mostraba interesado/a, era cosa de arreglar día y hora y el vendedor lo visitaba para concretar. Si esto último ocurría, plin caja, básico+viático+comisión a la bolsa.

Luego de andar sin decisión varias manzanas, me doblegué a lo inevitable. Una casita blanca tipo americana, puerta y postigos de madera, jardín florido, parecía la adecuada. Clase media, familia, hijos, concluí. Toqué timbre. Las manos me temblaban y me sudaban las palmas.

El hombre, de unos cincuenta años, abrió la puerta y se asomó con el segundo timbrazo. ¿Si?, preguntó. Buen día. Buenas. ¿Puedo molestarlo un segundo para hacerle una encuesta?, me lancé. Encuesta para qué, me preguntó el tipo que, como se dice, ya peinaba canas. ¿Sabía usted que si su hijo no sabe inglés a la perfección...? ¿Inglés?, me interrumpió desde la puerta, como si le hubiese dicho latín o yugoslavo. Si, porque... ¡Inglés!, volvió a interrumpirme cuando pretendí continuar con el speech. Un curso de inglés le será de suma..., proseguí. Esperá, pibe, esperá, dijo el buen hombre y desapareció tras la puerta entreabierta.

Quedé atónito y esperanzado al mismo tiempo. El sol de abril me entibiaba el cuerpo, abriéndose paso en

la bruma otoñal.

Al fin reapareció, cruzó el jardín florido hasta la vereda y desplegó Crónica frente a mis pasmados ojos: “Recuperamos las Malvinas”, anunciaba el catastrófico título a toda tapa, “Los Piratas se Rindieron en Puerto Stanley”. Dónde vivís, pibe, me increpó el hombre, entre sonriente y acusador, ¿en un Tupperware?

# villa libertad

Cuando Ale se emperraba con algo, con cualquier cosa, no había forma de convencerla de lo contrario, ni siquiera de que pospusiese sus antojos para momentos más propicios. Así era ella: un caprichoso ángel de enormes tetas con alma de basilisco hidrofóbico; un espíritu tormentoso que solía emerger a la superficie ante las contrariedades. Ni más ni menos.

Ello viene a cuento porque aquella madrugada se encajetó con fumar y aunque nos cansamos de explicarle que 1) no teníamos un mango partido al medio ni para una tuca milimétrica y 2) así la tuviéramos era poco menos que suicida ir a la villa a esa hora extemporánea; aún así, la mina quería un porro entre sus labios ya, dijo imperiosamente, caiga quien caiga. Tan bueno como el de hoy, advirtió, porque me agarró el bajón y de seguir así, dijo, esta noche soy capaz de mandarlos a la mierda a todos y cada uno. Y no exageraba un ápice.

De modo que hicimos la vaca, de la que resultó una miseria que alcanzaría para un solo faso, con suerte, y sorteamos entre los hombres al grupo kamikaze cuyo

objetivo era ubicar al Beto, nuestro dealer preferido, en la Villa Libertad, a unas diez o doce cuadras de la Mansión. Todo a las cuatro y cuarto de la mañana del que podría ser el último viernes de nuestras vidas.

Robert, Tarantini, que se ofreció en lugar del sorteado Daniel –quien ya daba algunas señales de futuras obsesiones–, Jade y yo, no sorteado pero seleccionado en mi calidad de amante-novio-esposo de la responsable de nuestra desdicha, emprendimos el viaje de ida, con las míseras monedas tintineando en mi bolsillo.

Tarantini se mantenía inusualmente silencioso, tal vez dominado por el bajón deprimente que de cuando en cuando lo impulsaba a hablar de su hermana en Uruguay, pero sin demasiado entusiasmo, más bien en forma lúgubre. Robert y yo conversábamos sobre bueyes perdidos, sobre música y esas cosas que sobre todo a él tanto lo entusiasmaban, más para sacudirnos la nerviosa impresión de que estas eran nuestras últimas horas con los pies sobre la tierra que porque los temas en cuestión llamaran a nuestro verdadero interés. Jade murmuraba sus rezos, quizá suplicando nuevos perdones por pecados ya olvidados hasta por su rencoroso y vengativo Dios. No obstante, hicimos todas esas cuadras en perfecta formación, como cuatro espartanos conscientes de su fatídico destino pero también dispuestos a dar una última batalla.

Los cuatro nos detuvimos frente a la calle de tierra a un mismo tiempo, observando el muro de oscuridad rodeado por casillas y taperas variopintas que de día

parecían un remedo decadente de la Boca y de noche el portal de entrada al infierno; inspiramos y exhalamos a coro y avanzamos hacia la choza del Beto, construida a base de chapas oxidadas, carteles de inmobiliarias y palos sosteniendo la estantería, distante unos cincuenta metros. Mientras tanto, la villa permanecía en infausto silencio.

¿Por qué la llamaban Libertad? Simplemente, según decían, porque ladrones, dealers, proxenetas, asesinos, quinieleros, violadores y toda la gama de marginales que se pueda imaginar, encontraban refugio allí, donde la policía no se animaba a ingresar ni por todo el oro del mundo, como quien dice.

Hasta ese día... Porque bastó que hiciéramos unos veinte metros hacia lo del Beto para que el lugar se transformara repentinamente en un árbol de navidad, con sirenas y gritos y mil luces y reflejos azules y rojos de los patrulleros y camiones celulares que avanzaban dando tumbos sobre la tierra surcada, a nuestras espaldas y desde ninguna parte, como por arte de magia. Hasta un helicóptero disparaba su reflector y altavoces desde el negro manto celestial.

Cuando Tarantini me tomó del brazo y literalmente me arrastró y me introdujo de prepo hacia una de las casillas, tras agujerear de una patada la pared de cartón, oí gritar a Jadre y nada más supe de él ni de Robert, quienes corrieron por su vida, supe luego. Era un hecho que los ratis no nos iban a preguntar qué hacíamos ahí o si teníamos algo que ver con la gente del barrio

antes de echarnos mano, con suerte, o meternos un balazo en la espalda, con mayor seguridad.

De hecho, los tiros empezaron enseguida, justo cuando el Taran y yo nos sumergíamos en la casucha y caíamos cuerpo a tierra. Instintivamente, me instalé en el rincón más cercano, pero mi compañero gritó que agachase la cabeza si no quería que me la volaran. ¡Las paredes son de cartón, boludo!, chilló en medio de una balacera ensordecedora. Así que volví con mi cuerpo al piso de tierra dura y cubrí mi sesera con los brazos, tratando de recordar argucias colimberas para situaciones de agudo combate urbano.

Muy cerca de nosotros, dos personas cuchicheaban entre sí. De repente, una de ellas o una tercera, quién podría saberlo con tanta oscuridad, se rajó una puteada contra la cana y desde ese punto se oyó la explosión que hizo saltar mis tímpanos. Una 11.25, pensé. Y al instante, una ráfaga de ametralladora hizo una línea de agujeros en la pared, sobre mi hombro. Justo ahí sentí el ardor en la pantorrilla derecha, primero, y el dolor punzante en mi nalga diestra, después, acompañando ambos con un sonoro ¡ay la puta! que Tarantini oyó pues se arrastró hasta mí como una sabbandija. ¿Te dieron?, preguntó. Creo que sí. La concha de la lora, se quejó. Qué hacemos... No sé, repuso el Taran.

La cuestión es que en medio de nuestro conciliábulo para ver cómo carajo salíamos del atolladero, alguien se incorporó, el afortunado poseedor de la presunta

11.25, y al grito-alarido de ¡ratis hijos de putaaaaaaaaa! comenzó a disparar a diestra y siniestra con sucesivos pum pum pum hasta que otra ráfaga perforó el muro de cartón corrugado y chapas y todo eso y lo habrá partido al medio porque cayó sobre mí cual bolsa de papas, borboteando gemidos espasmódicos y sangre a rolete.

Tarantini, entonces, me ayudó a sacarme el cuerpo de encima y lo vi bien de cerca empuñar el arma que, efectivamente, era una 11.25 que reconocí de la época de colimba. Se lo dije, al pedo, sólo para jactarme de mis inútiles conocimientos. Él dijo tomá y me dio el arma, que empuñé. ¿Para qué? Ahora lo ignoro. Mas, con la pistola en la mano, recuerdo haber sentido la adrenalina rezumar dentro de mí, para convertirme en un Bruce Banner (o un Rambo, a ojos vista) de pacotilla que encaró con total decisión el único acto de valor que puede registrar en su vida.

Hice, pues, lo que jamás había hecho ni volví a hacer por puro cobarde, nomás: me puse de pie, le ordené ¡vamos! al Taran, que me siguió; di patadones a cuanto se interpuso en nuestro camino, incluida la mujer que lloraba como marrano, y salimos a un pasillo de atrás de la villa, que daba a las vías. Varios más hacían lo mismo. Avanzamos por el empinado terraplén y en ese momento, cuando me creía dueño de la libertad, un poli se me apareció de frente, apuntándome con su pistola.

Yo vacilé. Él no dudó: tiró del gatillo pero nada salió del arma. La cargó y apuntó nuevamente. Tarantini me

dio un empujón que me recorrió el brazo y me alcanzó el índice, que se retrajo. Pum y el cana recibió un balazo en el pecho que lo tiró de culo contra las piedras de las vías. Miré a Tarantini; se alzó de hombros. Vamos, ordené otra vez y corrimos hasta ignoro dónde por no sé cuánto, porque perdí la noción del tiempo y de la distancia, del lugar y de los hechos.

¿Que si el tipo murió? ¿Que si el cana llevaba chaqueta antibalas? ¿Que si me sentía culpable y todo eso? Hum... No sé. No sé. Y no. Respectivamente. Únicamente temblaba como hoja al viento y al mismo tiempo me sentí feliz por haber zafado, convencido también de que, tarde o temprano, los caprichos de Ale me llevarían al infierno.

# por una cerveza

Llevábamos días tomando vino, más barato y rendidor. Hasta que llegó el sábado y Julio sugirió por qué no tomamos una Quilmes, ¿eh? Buena idea, exclamó Robert. Y el Buche asintió mientras pitaba; él había traído el porro.

¿A cuánto llegamos?, pregunté. Cada uno puso sus monedas, que sumé: para un litro y medio, anuncié. ¿Una botella... y media?, se preguntó el Buche, contrariado. Ajá. Qué cagada, agregó Robert. Es sábado, ¿no?, insistió Julio, tomamos una sola y chau. Hum, vacilé. Dale dale, asintieron los demás. Y bué.

Me tocó ir al almacén. No acabé de regresar que Julio me quitó la botella helada de las manos. La destapó con los dientes y comenzó a servir. Dos rondas, con suerte. Sirvió sin tocar los pequeños vasos azules: medio de líquido y medio de espuma para cada uno. Hasta que agarró el suyo, lo puso en ángulo de 45 grados: tres cuartas partes líquidas y una espumosa.

El Buche le echó una mirada de desprecio que conmovió al mundo en diez segundos. Al notarlo, temí por

la integridad del grupo: cuando se fumaba, el Buche no solía ser un tipo de buen carácter; por eso lo evitábamos, salvo cuando proveía el porro.

Bebimos y reímos, atontados. Menos el Buche, que conservaba el rictus severo y temible. Para colmo, amagó servir la segunda ronda y Julio lo primerió, diciéndole oole. El Buche gruñó. Julio volvió a llenar los vasos: medio y medio per cápita, a 45 grados el suyo.

De repente, el Buche tiró el manotazo y los vasos y la botella volaron a la mierda. Ahí nomás, se puso de pie y le pegó un empujón a Julio, quien fue a dar al suelo, con silla y todo. ¡La puta que te parió!, le espetó el Buche. Julio sonrió, pretendiendo hacerse el plato. ¡La puta madre que te remil parió y la concha de tu hermana!, bramó el Buche.

Pará pará, atinó a decir Robert, mas sin ser oído por el Buche, que pateó a Julio, todavía en el piso. ¡Te voy a matar, hijo de puta!, volvió a amenazar el Buche, fuera de control. ¿¡Te creés que voy a pagarte la cerveza a vos, hijo de mil putas!?, chilló. Pará pará. ¿Te volviste loco?, lo inquirí mientras ponía distancia. Es que me doblaba en tamaño, al menos. ¡Te voy a matar!, insistió.

El Buche volvió a patear. Yo lo agarré del brazo, pero se soltó de un tirón. Julio acabó por ponerse de pie. ¡Hijo de puta!, reiteró el Buche cuando se le iba encima. Julio tiró un trompazo de reflejo, el que dio justo en la boca del Buche, quien se tocó el labio y enrojeció de ira. ¡Es mejor que me mates, porque si no

te voy a matar yo!, sentenció a Julio.

Todos retrocedimos. Pará pará, repitió Robert, al tiempo que recogía la botella del suelo. ¡Matame o te mato!, insistió el Buche, hecho una fiera. ¿Estás loco?, le pregunté. Ahí nomás se la agarró conmigo. ¡Matame o te mato!, me gritó, las manos crispadas. Pará pará, insistió Robert. ¡Matame o te mato!, le gritó también a él. No seas boludo, le dije. ¡Matame o te mato!, repitió, enloquecido, a diestra y siniestra. Se aprestó a saltar sobre alguno. Pará pará. ¡Matame o te...!

La botella estalló en su mollera con un estruendo espantoso. El Buche puso los ojos en blanco y se desplomó. ¿Qué hiciste?, cuestioné a Robert; sólo alzó los hombros.

El Buche dijo ay ay ay, se arrastró penosamente hasta la mesa y más penosamente recobró la verticalidad, tomándose la cabeza bañada en sangre. ¿Qué pasó?, preguntó al fin. Te caíste, respondí. Uy, me duele, se quejó mientras se tomaba la crisma sanguinolienta. Está todo bien, busqué tranquilizarlo.

Lo llevamos al baño y le lavamos la cabeza chorreante de sangre. ¿Qué pasó?, preguntaba a cada rato. Nada nada, te caíste.

Finalmente, lo pusimos a dormir con una toalla enrollada en el cráneo, y lo oímos delirar durante casi toda la noche, producto de fabulosas pesadillas, pensé; temiendo por su vida.

Pero despertó a eso de las siete, sin el turbante. Sobre el cuello cargaba una sandía calada y colorada.

Preguntó quiénes éramos y dónde estaba. Le contamos, pero no nos creyó. Salió de la casa dando tumbos, diciendo incoherencias referidas a la vida y la cerveza.

Salió de nuestras vidas para siempre, también.

# mescalina

No soy perfecto, ni lo ansío. Ni un ángel ni un demonio. Ni más ni menos que nadie. Supongo que llegué a este mundo para ser uno entre millones, alguien o algo anónimo que sólo se representa a si mismo, con el número de las estadísticas oficiales clavado en la frente e innumerado en las cifras no oficializadas. Por eso y por muchas otras razones, cargo mis miserias sin demasiada culpa y mis virtudes sin alardes, como se debe.

La introducción viene a cuento de la vez que conocí el miserable olor de la mescalina y de cuando Marcela llegó a la Mansión Morris con unos cuantos de sus amigos; se pusieron a hervir por largo rato pedazos de cactus para lograr, con el largo hervor y según explicaron, té de mescalina. Me resistí a preguntar qué carajo era eso de la mescalina para no pasar por ignorante o pelotudo. Tenía someras noticias del mescal y el mencionado té sonaba muy parecido, algo similar, una especie de derivado, sucedáneo o algo así; mas el conocimiento que poseía sobre el asunto, como dije, era apenas somero y, para mí, el ahora famoso líquido po-

día servir tanto de alucinógeno como para curar los hongos de los pies.

Era tarde, un día de semana cualunquE. A la mañana había salido a buscar trabajo, ¡oh, milagro!, y tenía sueño. Los párpados, literalmente, se me cerraban. Las chicas no estaban.

Dejé, pues, que Marcela y los suyos, un homogéneo grupo de desconocidos que habían llegado en un BMW, hirvieran sus hediondos cactus trozados y me fui a dormir. Era ley: en la Mansión, cada uno hacía la suya, siempre y cuando dejase el sitio más o menos limpio y ordenado una vez cumplido su propósito. De modo que me acosté y me dormí, insisto, pensando en el culo de Carmensita y en las enormes tetas de Alejandra, ausentes sin aviso.

El frío y el repugnante olor me despertaron. El casa hedía, en silencio, aunque la luz del comedor ingresaba a la pieza por las rendijas de la puerta. Supuse que Marcela y sus chicos Coca-Cola habían partido. Supuse, también, que las chicas habían llegado ya, durmiendo en la otra habitación, cada una en su cama.

Estaba excitado.

Con el objeto de verificar que todo estuviese en orden o, tal vez, de pispear accidentalmente alguna desnudez de las partes pudendas correspondientes a Carmen y/o Ale, me levanté; fui hasta el comedor y hallé a los pibes durmiendo: uno sentado en la silla, abrazado a la mesa; otro en el suelo; el siguiente contra la pared del baño, acurrucado; alguno más no recuerdo dónde

ni cómo. Marcela brillaba por su ausencia. La busqué en el cuarto de las chicas y la encontré, al encender la luz, en la cama de Alejandra, sobre la colcha roja, vestida pero tiritando, muerta de frío en su profundo sueño-sopor mescalicense.

Para ser claros y ajustados a la historia, digamos que Marcela era menos atractiva que un ladrillo; no obstante, dije ya, la cachondez rezumaba por mis poros. Pensar en algo antes de conciliar el sueño, como culos y tetas, fija la idea en el subconsciente; hagamos esta concesión banal a los psicoanalistas. Y los culos y las tetas calientan, hablando mal y pronto.

El hedor del maldito té de mescalina y el frío apuraban, así que actué con celeridad. ¿Temor...?, quizá. La sacudí un poco, a Marcela, y notando que no reaccionaba ni para un lado ni para el otro, la entré a manosear. Puro hueso. Las tetitas eran magras y el culito dos mofletes escuálidos.

La desvestí; remoloneó un poco, pero logré quitarle la ropa sin mayores inconvenientes. Abrí sus piernas; me bajé el slip hasta las rodillas, la monté y se la metí sin otro pormenor. Algo así como cojerse a un muerto. Lo hice, sin embargo, y lo disfruté, a qué negarlo.

Cuando acabé, ella abrió de pronto los ojos de par en par. Se los tapé con la mano, enseguida. Creo que ahí sí tuve miedo, o vergüenza. Esperé un rato, sin moverme, mientras mi sexo se derretía en la viscosidad de su vagina. Después descubrí que sangraba. La primera y única virgen de mi vida.

También descubrí que el té de mescalina te deja nocaut, pues tras ese rato que se me hizo casi eterno, volvió a dormirse profundamente. Me puse de pie con sigilo y disparé a mi pieza, con las miserias a cuestras. Satisfecho y un poquitín divertido, además.

A la madrugada, ignoro la hora, me despertaron los gritos de Marcela, llorando. Puteaba de arriba a abajo y de derecha a izquierda a un tal Johnny. Lloraba sin consuelo y seguía puteando sin solución de continuidad. Un escándalo de proporciones bíblicas. Hasta que se fueron, ella y sus amigos Coca-Cola, en el mismo BMW con que habían llegado a William Morris para hervir y beber su mierdoso cactus.

Nos seguimos viendo por años, Marcela y yo, sin ningún cambio evidente en nuestra amigable relación.

Mucho tiempo después de la última vez, ignorante de su paradero y su circunstancia, me la crucé en la estación de Rubén Darío. Pasamos breve revista a los viejos buenos tiempos y, al llegar a las novedades, me contó que se había casado con el tal Johnny, un pequebú que trabajaba en el Banco de Londres para ganar una pequeña fortuna en metálico.

Cuando llegó el tren para Capital, le pregunté por el sabor del té de mescalina, medio descolocado. Yo ascendí al vagón antes que cerrasen las puertas corredizas, y ella permaneció en el andén, paralizada, como atontada o concentrada en algún recuerdo lejano que emergía del fondo de su inconsciente.

La paradoja es que, de última, no le hice daño a

nadie. Por el contrario, ella terminó con quien quería o con quien creía, y aquel tipejo ricachón también. Supongo que, de un modo indirecto, me lo deben. Como dije, ni un santo ni un esbirro de Lucifer. Sólo un tipo que hace de las suyas sin medir demasiado las consecuencias y a veces, sólo a veces, alguna fechoría le sale bien.

# sábado

A Jade, donde quiera que esté

La cuestión es que aquel sábado a la tarde, tras un breve conciliábulo entre los presentes, organizamos la fiesta y llamamos a quienes serían sus animadores; entre ellos, Jade.

Jade tenía unos cuantos defectos y alguna virtud. Era un católico militante, cuyos leit motivs se centraban en los mandamientos, en primer lugar, y en la misa del domingo; era un tacaño vergonzante y un tipo que sabía ganarse el sustento, bancándonos los vicios de vez en vez: cerveza, tabaco y marihuana.

Conclusión: costaba tanto retenerlo un sábado a la noche, contra lo cual oponía la misa tempranera del día siguiente, como hacerlo aportar para susodichos vicios. Y sabía andar forrado, pero sonsacarle unos pesos resultaba toda una ciencia para la que, sin embargo, con el tiempo nos pusimos duchos.

Así que aquel sábado llamamos a Jade pues no teníamos un mango y, colateralmente, era nuestro amigo; si bien fastidiaba a veces con sus ínfulas de santurrón alcohólico y drogadicto.

Como de costumbre, se resistió al teléfono porque no quiero acostarme tarde y porque después la resaca y porque la mar en coche. Empero le prometimos mujeres, música, cerveza y porro y acabó por ceder. Además de virtudes y defectos varios, tenía esas debilidades que, según él, en nada contradecían sus arraigadas creencias religiosas y morales. No hay mandamientos contra el baile, el alcohol o la hierba, solía afirmar, al tiempo que ponía tibios reparos al asunto de la fornicación, para ser honestos.

Todo bien, nos dijimos: si viene Jade, hay plata; si hay plata, hay cerveza y el resto; si esto está, ¡hay fiesta!, concluimos alegremente. De manera que nadie en el mundo pensaba defraudar a nuestro amigo y benefactor. Jade tendría lo prometido.

El hecho es que llegó más o menos temprano y allí lo esperábamos, ansiosos y sedientos. Qué tal, saludó naturalmente al traspasar el umbral. Aquí andamos, contesté como quien ve pasar un aguilucho cortando el cielo hacia occidente. Los demás, mutis por el foro. El tema, como todos sabíamos, era hacerse el reverendísimo pelotudo porque –se advirtió de entrada– Jade era un pijotero consuetudinario y había que saberlo tratar, nada más. Se lo ignoraba un rato y, después de algunas y venidas sin prestarle atención, el chabón soltaba su esperada y cristiana sugerencia: ¿Tomamos una cerveza? ¡A por ella!, respondíamos a coro. Y, cualquiera sabe, una cosa lleva a la otra y una cerveza a la siguiente y éstas al faso y listo el pollo: ¡fiesta

de sábado por la noche!

De modo que llevamos adelante el procedimiento habitual: dar vueltas, ignorarlo, etc. Sin embargo, el tipo no largaba prenda. ¿Ponemos música?, fue su única y extemporánea observación. Hasta que, harto de andar de acá para allá como maleta sin manija, le espeté a rajatabla: ¿Tenés algo de guita, che? Hum, vaciló; ni un mango, fue su decepcionante respuesta. ¿¡Nada?! preguntó Julio, escandalizado. Nada, recalcó Jade, con una sonrisa irónica o culpable atravesándole el rostro.

Nos miramos todos, poco menos que estupefactos. Todavía no cobré, explicó Jade. ¿No?, dudó Robert. No, afirmó el dudado. ¿Entonces qué hacemos?, cuestionó Julio a los cielos. Qué sé yo, respondí. Robert pensaba. Jade, ni mu. Hagamos una vaca, sugirió Julio. Si nadie tiene un peso, dije, devastado. Algo tenemos que hacer, reclamó Julio, al borde del llanto.

De pronto, Robert salió de su ensimismamiento y pegó el grito salvador: ¡La Virgen! Qué virgen, pregunté. ¡La Virgen de la estación!, exclamó Robert, extasiado con su visión mística. ¿Qué?, repreguntamos los demás. Excepto Jade, impávido. ¡Podemos procurarnos la plata de la Virgen de la estación!, continuó Robert con sus exclamaciones.

Pasaron un par de segundos para que cayéramos en la cuenta. Ciertamente, había gente buena y caritativa acostumbrada a introducir monedas y billetes en la ermita de la estación del tren. Sea para pagar una parcela en el paraíso o saldar plegarias atendidas, el caso es

que la Virgen de Luján, toda ella vestidita con su túnica celeste y enjoyada hasta la coronilla con chucherías doradas y plateadas, tenía a sus pies una fortuna en metálico que, tarde o temprano, iría a parar a los pobres, si la curia se apiadaba. ¡Y quién más pobre que nosotros!, volvió a exclamar Robert, a lo que asentimos entusiastamente.

Ustedes están locos, afirmó Jade, serio como un obispo al leer una encíclica papal; eso es un sacrilegio, prosiguió, un pecado..., ¡no robarás!, proclamó. No es para tanto, apuntó Robert. Además, si es para comer no es pecado, argumenté con mi gesto más sabio. Dios los castigará, fue la sentencia de nuestro amigo católico y apostólico y románico. Nos acompañas y nada más, sugirió Julio. Ni a palos. Nadie te pide que hagas nada, le dijo Robert, solamente que estés con nosotros en las buenas y en las malas, agregó. Nones. Dale, che, le rogué, si igual no te vas a convertir en ángel porque no peques nunca, ¿eh? Jamás. Nos mirás y nada más, insistió Julio. No sé, comenzó a ceder. Dale. Bueno, vamos. ¡A por ello!, coincidimos.

Dicho y hecho, fuimos a la estación del ferrocarril y, sin demasiados preámbulos ni darle bola a nadie de los que esperaban el tren porque lo esencial es invisible a los ojos, explicó Robert, metió el brazo entre el vidrio y el techo de la ermita para dar alcance al tesoro; a pesar de la vieja que chilló y nos juró alguna plaga bíblica que Jade, a un costado y haciéndose el gil, debió tomar al pie de la letra, porque tembló como una hoja.

Alguien más debió tomar la posta que la vieja abandonó luego de que Julio le rajara una puteada, porque un cana pegó el grito al final del andén. Nos volvimos los cuatro y lo vimos acercarse a trote cansado, echando bufidos. También vimos el tren, un poco más lejos.

La reacción de la mayoría fue celerísima y simultánea. Robert manoteó las monedas y billetes que pudo y se disparó hacia el lado contrario del andén de donde se acercaba el perseguidor; Julio, joven y ágil cual gacela, saltó el alambrado y desapareció entre el cañaveral del baldío que lindaba con la estación; yo crucé las vías al andén contrario, bajé la escalera y atravesé la calle para instalarme en la esquina con un mohín de inocencia que hubiera enternecido a cualquiera. Acá no pasó nada, pensé al observar la estación, el tren, el cana, la ermita y todo lo demás que sucedió de inmediato, como quien ve una película en cámara lenta y en primera fila.

Jade dudaba mientras el rati acertaba distancias. Debía balbucear soy inocente, yo no hice nada señor policía, solamente miraba a esos delincuentes profanadores, yo no quería venir y Dios es mi testigo... Pero el botón gordo, gordísimo, debía ser ateo y, con cara de pocos amigos, le daba alcance, dispuesto a hacer justicia a pedido de los parroquianos que, ahora envalentonados, reclamaban un castigo ejemplar, así fuera para el chivo expiatorio. ¿Disfrutando ya una dulce venganza por aquel camarada caído tiempo ha en la villa...?

El poli se relamía cuando Jade saltó a las vías, pretendiendo seguir mis pasos. Y me miró antes de pegar el salto. Sin embargo, la locomotora que arrastraba un convoy carguero a toda velocidad porque no paraba en la estación, silbó y se lo llevó puesto. Jade salió disparado y abrió los brazos en el aire. Durante una fracción de segundo, me pareció un ángel; Jade, cual santo alado, echaría a volar al cielo de los justos sin mayores problemas... Pero cayó sobre los durmientes, dando algunos tumbos antes de que el tren lo arrollara con sus afiladas ruedas.

No quise ver más. Me fui a caminar por ahí antes de regresar a la casa. La cabeza me daba vueltas como en un torbellino. Todo mal, me dije; la vida del pobre es una mierda.

# tu nombre me sabe a yerba

Rubia como el sol... Así era esa piba que una vez cayó por la Mansión como del cielo. Rubia como el sol y con dos lamparones celestes que, de pronto, iluminaron mi vida pues no se trataba de ese celeste neblinoso, medio fumé, sino de ese más brillante, plástico y cristalino.

El caso es que, para variar, me enamoré repentina y perdidamente de ella, Juana, se llamaba, y ya no la olvidé aun cuando han pasado decenas de años. En realidad, no recuerdo los rasgos precisos de su rostro pero, parafraseando a la Duras, digamos que sí aquella tarde, su cabellera dorada y el par de faros luminosos en los que quise hundirme hasta el ahogo.

Juanita, así se presentó, qué tal, cómo andás, llegó a la casa a fines de abril con La Protesta bajo el brazo y folletos varios de Kropotkyn y Malatesta y un tal David Ríos en la mochila, los folletos, digo, y se mezcló con nosotros cual si nada. Naturalmente, quiero decir; y nadie le iba a pedir ni le exigió explicaciones a semejante bombonazo que, desde el primer momento,

se prendió a la birra como la mejor.

Es decir, si a nadie se le pedían explicaciones ni argumentos para integrarse, ¿por qué a ella, justo a ella...?, aunque nadie decía conocerla de ninguna parte. Pero, ¡muchos menos a ellas, Juanita, quien despertó las pasiones más intensas y sinceras en más de uno; de hecho, en tres: Robert, Julio y el patrón de la vereda que relata esta bendita historia que nos permitió conocer un ángel bendito como aquel.

Creo que Ale lo notó, porque se fugó a la primera de cambio, calculo que medio consumida por los celos de los que jamás hacía alarde pero que le corroían el alma cuando aparecían así, tan de repente.

No obstante, el asunto no pasó a mayores y ella, Ale, mi chica de entonces, retornó hacia la nohecita de abril con dos vagos que parecía haber recogido de un basural, por lo sucios y maltrechos que pintaban. Y sin decir esta boca es mía, se puso a cocinar cuando el grupo conjugó al unísono la palabra hambre. Qué más podía hacer...

Al fin, mientras cenábamos fideos con salsa y salchicas y escabiábamos sin culpa, bonanza debida a la changa que alguien había pegado y cobrado in situ, no sé si el Taran o Daniel; con la boca llena y sacudiendo la melenita de oro, la mina se despachó con el asunto que la había traído de Ramos Mejía a Hurlingham, más precisamente a este rincón liberado de William Morris: militaba en el anarquismo libertario y nos invitaba a todos los presentes, como doce entre habitués y

novatos, al acto del 1° de Mayo que organizaban los susodichos en Avellaneda, como de costumbre.

De algún modo, había corrido la voz en buena parte del oeste conurbano que Ale y yo, presuntos cabecillas e ideólogos de esa tribu de vagos, desclasados, anormales y parásitos sociales que moraban la Mansión Morris, tras una decepcionante experiencia partidaria, veníamos abrazando una suerte de anarquismo sui generis: anarco-bolchevismo, leninismo-libertario, filotrotskismo-anárquico y otros etcéteras por el estilo que principalmente yo elucubraba según la ocasión, de acuerdo al día de la semana, al clima imperante y/o a cuanto hubiera tomado en dicha oportunidad.

¿Y bien?, preguntó al montón. Mas no le dimos bola con el coreado veremos y seguimos lastrando y bebiendo como si nada. Salvo yo, que me le acerqué y, vaso en mano, le dije me interesa tu propuesta, podríamos conversar sobre el tema y si me convencés..., se la dejé flotando.

El tema es que mientras algunos se iban quién sabe adónde y la mayoría a ocupar su respectiva cama, sillón o rincón para dormir, incluso Ale y sus dos sucios chicos pobres que no bajaban de los veinte añitos, Juanita y yo nos fuimos quedando solos en la cocinacomedor, charlando sobre el anarquismo, el triste y jamás olvidado asunto del Cronstadt, los partidos políticos y pretéritos primeros de mayo; al tiempo que le daba largas caladas al último porro de la madrugada, yo, pues ella no pasaba de la cerveza.

Finalmente, ingresamos a la zona que pretendía: cuestiones personales. De la familia, del trabajo y la facultad, de los novios perdidos y por venir. ¡Quiero besarte!, pensaba yo mientras escarbaba en su pasado. Y en un punto, ella dijo imprevisamente María Juana me bautizaron o algo así. Ni corto ni peroso, yo repliqué tu nombre me sabe a yerba y me eché a reír como descocado, a carcajada batiente, como si fuera la primera o la última vez.

Para qué... Pues Juanita, entonces, recogió su fulgurante cabellera, a lo Marilyn aunque su look era más bien de Verónica Lake, sus cosas, libros, panfletos y demás; recogió sus pupilas claras como el agua clara con esos criminales párpados, y se fue. Calculo hoy que hecha un fastidio.

Y allí me quedé yo, patitieso ante el desplante.

# voraz

Y hablando de criaturas subyugantes, angelicales... Digamos que Daniel me explicó lo que yo no entendía una tarde de domingo, de visita en el loquero. Ahí lo descubrí, después de no verlo un largo tiempo; hecho una piltrafa humana.

Marzo, comenzó; la chica era una belleza de quince años en un curso del turno mañana del Rancho. En la primera hora de clase del primer día, le echó el ojo como un águila a su presa. Vuelo rasante: pupilas verdes, penetrantes y cristalinas; labios húmedos y voluptuosos. Y ya no pudo escapar de esas pupilas verdes y brillantes y esos labios carnosos y palpitantes, dijo.

Tanto así que no se libró de ellos camino a casa. Durante la cena los tuvo en mente y se masturbó mientras se bañaba; se acostó pensando en los labios fogosos y las pupilas magnéticas. Le costó conciliar el sueño y cuando lo logró, sufrió terribles pesadillas que le causaron extrañeza a la mañana siguiente.

Los días posteriores fueron iguales al primero: verla, clavar la mirada en los labios y las pupilas de la piba

y desvariar teoremas que ni él ni nadie puede discernir. Luego retornar a casa pensándolos, pupilas y labios, y cenar y masturbarse bajo la ducha y no poder dormir reflexionando en ella y dormir soñando con ella.

La fascinación inicial se transformó en obsesión y llegó a pensar que no podría vivir sin ellos. Era una locura, sentenció. Y el asunto se hizo más intenso e intolerable con cada clase, con cada día.

A fines de mayo invitó a la chica a su casa para explicarle no sé qué sobre trigonometría. Y la chica, que distaba de ser una luz en el tema, accedió. Entonces, la belleza de quince años de un turno mañana llegó a casa de Daniel y él, ni corto ni perezoso, la tomó por los brazos y entre gritos y lloriqueos, la arrastró hasta la pieza y la ató a la cama. Los Rolling Stones sonaban a mil desde el Panasonic.

Resumen: primero le vació las cuencas de los ojos con un destornillador; se comió las pupilas verdes, brillantes, magnéticas, penetrantes, cristalinas. Luego le arrancó los labios con una pinza; masticó los jirones un rato, carnosos, voluptuosos, húmedos, llenos de jugo.

Recién ahí me sentí liberado, se explicó Daniel una tarde de domingo, en el loquero.

# cuestión de suerte

Cabe advertir que la siguiente es una historia con moraleja. No porque alguien se lo haya propuesto, sino porque así son las cosas y no hay vuelta que darle.

Empecemos por señalar que el Negro Luis era una especie de fantasma: aparecía y desaparecía nadie sabía ni cómo ni por qué. De pronto no daba señales de vida durante una semana o más y de pronto despertábamos y ahí estaba él, durmiendo sobre una cama, un sillón o echado sobre el piso en cualquier rincón de la Mansión. Como el tipo no tenía llave, entraba por la ventana, alzando la persiana americana y eventualmente haciendo añicos el vidrio que quedara sano.

Igual no le pedíamos explicaciones. A nadie le importaba; daba igual que estuviese o no. Sólo le recriminábamos, de vez en vez, que nunca tuviera un mango y que jamás se pegara un baño, razón por la cual tenía prohibico utilizar ropa o sábanas ajenas. Tampoco laburaba nunca; era un verdadero desclasado y, hasta cierto punto, se jactaba de ello. Trabajar es para los imbéciles, se le podía escuchar cuando abría la boca,

ejercicio que realizaba escasamente. Por suerte. Su exclusiva ocupación consistía en procurarse la ración diaria de alimentos y la cerveza y/o el vino, y eventualmente que alguien le pagara los fasos o le convidase uno, en su defecto. Nada más. ¡Un parásito social consciente y militante!

Pero, como era previsible, un día alcanzó el límite de lo tolerable. Una mañana, Ale se levantó de la cama, abrió la puerta de nuestra pieza, que siempre cerrábamos con llave para evitar invasiones indeseadas (sólo así teníamos algo de privacidad en la cas cuyo alquiler, finalmente, pagábamos nosotros, cuando lo hacíamos, ¿no?), y se topó con cinco cuerpos dormidos, desparrramados en el piso de la cocina-comedor.

¡No lo puedo creer!, exclamó Ale. Qué pasa, le pregunté desde la cama. Hay una multitud en la cocina, respondió desde allí. ¿Qué? Fijate, dijo, retornando a la cama, frustradas y a las puteadas.

Era temprano, como las 10 AM; hacía frío. Me calcé el vaquero y me fijé: en efecto, ahí había cinco cuerpos tendidos, abrazados unos con los otros, fetalmente. Entre ellos el del Negro Luis, desaparecido un mes antes. Hacia él me dirigí. ¡Negro, Negro!, lo sacudí por el hombro para despertarlo. Entornó los párpados y dejó ver las pupilas inyectadas. ¿Eh... Eh...? Quién es toda esta gente, lo interrogué, más preocupado por el humor de Ale que por las identidades. Con gran esfuerzo, echó un vistazo alrededor; bostezó y dijo amigos chilenos. ¿Amigos chilenos? Estuve en Chile y me

los traje, se explicó.

¡Todo mal!, le espeté; Ale está que echa espuma por la boca, ¿sabés? ¿Por?, volvió a bostezar. Porque ya somos demasiados acá, boludo, le dije. No pasa nada, murmuró e intentó seguir durmiendo. ¡No pasa nada un carajo!, le grité; no te das cuenta que estamos en la miseria y vos... No pasa nada, me interrumpió. Ale está recaliente, insistí con el argumento tras el cual solía escudarme; está hecha una fiera con vos, ¿no te das cuenta? Bueno bueno, dijo.

Entonces se sentó y se desperezó; volvió a bostezar abriendo la bocota como si fuera a tragarse un submarino. Con sumo esfuerzo y quejidos varios, igual que un viejo de ochenta, se puso de pie. ¿Qué podemos hacer?, me preguntó. Lleváelos, repuse. Pero no tienen adónde ir, se lamentó. Qué querés que le haga... ¡Que se vayan a la mierda!, le sugerí; acá no se pueden quedar, así que se van. ¿Ya? Ya, Negro. ¿Seguro? Seguro. Uy, se quejó.

De modo que empezó a los gritos y el grupo de parásitos importados entró a despertar y a remolonear en medio de eructos y pedos hediondos. Entre todos, una rubia platinada, casi albina, que portaba un cuerpo de novela, increíble. Ni bien cobró la vertical, la rubia despampanante, como de dos metros, se abalanzó sobre el Negro Luis y le pegó un sonoro chupón en los labios, casi sorbiéndoselos.

Yo, sinceramente, quedé estupefacto; no podía creer lo que veía. La bella y la bestia, me salió. Porque al

lado de la rubia pecosa, el Negro parecía un mono sarnoso, con las pilchas y él mismo hechos una mugre que daba asco, las crenchas engrasadas de suciedad secular, revueltas como nido de caranchos.

Pero la mina lo besaba y abrazaba y acariciaba como si nada, cual si ese espectro de ser humano fuera un sapo a punto de transformarse en príncipe. Para colmo, el Negro le preguntó ¿tenés plata? y la rubia no va y sacó su billetera del bolsillo trasero del pantalón, un vaquero ajustadísimo que hacía resaltar el culo perfecto, y de ahí asomó un fajo así de grande de billetes, dólares, marcos o rupias pero un montón, además de varias tarjetas de crédito que relucían a la resolana mañanera como el sol en un mediodía de verano. Si, contestó ella. Entonces nos vamos, ordenó el Negro.

Justo en ese momento salió Julio de la otra pieza, diciendo me voy que acá no se puede dormir. Vamos, le dijo el Negro y al ratito seis salieron de la Mansión cual sonámbulos, sin siquiera lavarse la cara.

No les dije ni chau, petrificado como estaba, anonadado. Sólo puse la pava y tomamos mate con Ale, en la cama, sin hablar.

Julio relató sus aventuras por la noche, cuando volvió borracho y feliz. Nosotros no habíamos comido, aunque teníamos nuestro vino. Él, Julio, en tanto, había compartido restaurantes capitalinos, boliches, bares, Heineken, Navarro Correas y demás, con el Negro y su cohorte de chilenos, a los que se sumaron algunos más que fueron prendiéndose en el camino. La rubia

pagó todo sin chistar ni mosquearse; efectivo o tarjeta, aleatoriamente.

Al tiempo supimos que el Negro Luis estaba en Holanda, viviendo a todo trapo con la rubia casi albina, quien resultó ser la hija de un importante empresario holandés, de gira por las ciudades más importantes de América Latina: La Habana, México DF, Caracas, Lima, Santiago, William Morris (desde aquí con el Negro Luis), Punta del Este, Río de Janeiro y de ahí para La Haya vía Barcelona, según el itinerario recabado por un amigo común que recibió un pasaje de ida y vuelta después de hablar con el Negro, ya establecido en Europa. Viaje que, por cierto, hizo efectivo apenas pudo, con el objetivo de darse la gran vida y compartir lujos, aunque el viejo de la rubia lo sacó carpiendo a la primera de cambio.

Pero bué... El hecho es que se debe proclamar como verdad absoluta e incontrastable lo que el Negro acabó por comprobar empírica y científicamente, a saber: que vivir mal o bien es sólo cuestión de suerte.

# accidentes

A la memoria del Taran

No recuerdo si era argentino o uruguayo; sí que tenía familia y, por obvias razones, una hermana en el Uruguay.

Cuando nos pasábamos de alcohol y como cualquier borracho que se precie, Tarantini solía rememorar su infancia-adolescencia y contaba de su hermana en oriente y lo bueno que debía ser traerla a la Argentina, a Hurlingham específicamente; para tenerla con él, con nosotros, decía. Diez años sin verla..., añoraba. Una eternidad. Y a veces soltaba unas lagrimitas que ablandaban las paredes.

Tarantini vivía en casa. No había sido invitado, pero una vez se quedó a cenar, se emborrachó y, como muchos otros más tarde, se quedó a compartir catre y macarrones. De modo que era usual que nos emborracháramos juntos y él monologara nostálgicamente sobre la hermana perdida y demás.

Su deseo más intenso era traerla y ayudarla a estudiar bellas artes pues, aseguraba, ella tenía talento para el dibujo y la pintura, casi como nadie. Hablaba, siem-

pre que acabábamos dos o tres botellas de Gancia, de los rostros perfectos coloreados con pasteles secos con que ella, su hermana, adornaba las paredes de las habitaciones, allá en oriente, diez años ha. Y por ahí lloraba, esnifándose los mocos.

El problema que acuciaba a Tarantini y frustraba sus planes era, como siempre a todos, la crónica falta de guita para concretarlos. Trabajaba como peón de camión en una empresa distribuidora de bebidas, cuyas dos únicas ventajas residían en un magro salario y una discreta dotación de Gancia u otro aperitivo, aleatoriamente, con la cual solíamos colocarnos bien colocados.

No obstante, gracias a un accidente de la historia, una paradoja que no viene al caso, ocurrió un día que Tarantini vio cumplido su sueño: la adorada hermana llegó inesperadamente del Uruguay. Y se vieron en la casa de una tía común, por otro accidente, pues él jamás visitaba a esa parienta lejana.

Pero habían pasado diez años; él tenía veintisiete, ella diecinueve. Ergo, nada resultó igual, nada como era de esperar. Ni la filiación ni el recuerdo idealizado de los dibujos coloreados con pasteles secos pudieron evitar que, vaya a saber uno por cuáles otras razones, siempre inextricables, se enamoraran perdidamente. Se enamoraron, hermano y hermana, fatalmente y a primera vista, según me contaron porque no volví a verlo. Directa y simultáneamente al fortuito encuentro, desapareció de casa de un día para el otro, sin decir hasta

luego.

Retornó tiempo después en forma de increíble relato, final de tragedia griega o forzado drama shakespiriano, como se prefiera. Un amigo común, Robert, contó la historia, drama o tragedia.

En fin... Tarantini y su hermana se fueron a vivir juntos a poco de llegar ésta, la hermana, y medio que se aislaron del mundo a raíz de que, inevitablemente, debían sufrir como pecado mortal o maldición su incesuoso amor, supongo. Aunque se amaban, ¡qué dudarlo!, más solos que nadie en la Tierra, parias en Hurlingham.

Ella quedó embarazada. Él enloqueció, imagino. Robert, que de cuando en cuando se lo cruzaba accidentalmente a la vuelta de alguna esquina, dijo que el pobre Tarantini vivía borracho, drogado, o ambos estados a la vez. Hecho una piltrafa humana. Ni trabajaba; robando para comer y demás quehaceres.

Una noche de esas, para ir epilogando, robaron un auto, sólo por diversión, Tarantini, la hermana-amante y alguien más. Mucho después, este alguien más relató a Robert, quien a su vez me lo contó, que Tarantini y este alguien más estaban borrachos y drogados, de últimas, pero que la hermana-amante no tanto.

El problema es que era Tarantini quien manejaba el auto birlado. Salieron a correr por Camargo. El vehículo, un Renault 12 nuevito, sobrepasó raudamente al Fiat 128 que aceptó el desafío. A poco de carrera y como un trueno, el Renault atravesó el guard-rail y dio

cuatro o cinco vueltas cruzando al carril contrario, para detenerse en la banquina, hecho un amasijo de hierros y chapas retorcidas.

El alguien más debió permanecer internado varios meses en el Policlínico Posadas, con fracturas y heridas múltiples. La hermana-amante perdió ambas piernas y el embarazo. Tarantini murió, destrozado.

Fin del relato, drama o tragedia.

# la inundación

Mayo de 1985. El clima ha cambiado por el agujero de ozono, el efecto invernadero y todos esos asuntos calamitosos generados por los capitalistas que no piensan en vivir mañana sino en ganar hoy, a como de lugar. Como dice mi amigo Mario: el día que hagamos la revolución y empecemos a colgar burgueses, los que vayan quedando se pondrán a fabricar sogas para vendérsela. No tienen consciencia de lo que les espera y a su inconsciencia nos arrastra a toda la humanidad a un callejón sin salida, de donde no saldremos sino horizontales. Pero bué...

El asunto es que estamos en mayo del '85 y ha llovido sin parar durante una semana, aunque se trata de una llovizna fina y pertinaz que jode más de lo que moja. Pero de pronto se ha largado el diluvio y no podemos asomarnos a la calle pues alguien perdió o vendió el único paraguas. Llevamos horas jugando a las cartas y tomando vino Robert, Julio, la Cabezona, Ale y yo. Nada hay mejor para hacer; no hay otra cosa que hacer. De modo que le dimos al truco, al chin-chón y a la

escoba hasta que nos hastiamos y Robert propone que Julio toque la guitarra y cantemos las que sabemos todos: desde Manuelita hasta Canción para mi muerte, que a nadie deprime a pesar del clima de mierda que nos tiene clavados en la Mansión e ilusionados con el Sol tras una semana entera de molesta llovizna y la consecuencia humedad que cala hasta los huesos y tiene de mal humor a todos, sobre todo a Ale quien, a decir verdad, no necesita de muchas excusas o argumentos particulares para que el carácter le pegue un salto de vez en vez y empiece con sus berrinches o caprichos que, a esta altura de las circunstancias, me ponen los nervios de punta y en vilo el alma. Temo que lo nuestro no da para mucho más.

El hecho es que dejamos las cartas y Julio toma la guitarra pero se queja de tener los dedos agarrotados por el frío y la humedad que mata. Finalmente se excusa y todos nos miramos como preguntándonos y ahora qué, si él no toca la guitarra para cantar las que sabemos todos cómo sigue este asunto rayano en el aburrimiento tan temido. ¿Continuamos con la casita robada o el culo sucio...?

Robert dice yo me voy a lo de Romi, capaz que tiene luz, y Julio añade yo te acompaño, mientras me corroen la envidia o los celos o una mezcla de ambos, aventurando un ¿vamos? que Alejandra rechaza de plano. ¿Estás loco...? ¿No ves cómo llueve...? Pero... No no no, ametralla al tiempo que agita la cabeza de un lado a otro. Recuerdo al maldito paraguas y maldigo al

maldito que lo perdió-vendió que pude haber sido yo, tranquilamente, pues suelo olvidarlos en el autoservicio, el almacén, la verdulería, el colectivo y/o en los sitios más insólitos, como una vez me pasó en Hurlingham, específicamente en el baño del bar San Martín.

Conclusión de lo cual Julio y Robert se van luego de emponcharse con bolsas de residuos tamaño consorcio y la Cabezona se niega a acompañarlos aduciendo un sueño mortal que no me deja levantar los pies, dice; un poco por el vino y otro poco bastante por la depresión en que se ha sumido producto de su enésima pelea con Angelito. Anoche discutieron por vaya uno a saber qué pelotudez, casi seguramente por celos infundados; ella le pegó un par de gritos, como dejate de joder con esos celos enfermizos que nos hacen mierda, y él se fue de la Mansión dando un portazo, como usualmente. No retornó, como usualmente. Entonces la Cabezona se desesperó, primero lloró un rato y luego se emborrachó y se fue a dormir. Hoy tomó y jugó a las cartas sin chistar, pero nunca se prendió al juego. De modo que, cuando Robert y Julio hubieron marchado, dijo, ella, la Cabezona, me voy a dormir y se encerró en la pieza libre, donde se habrá compadecido de si misma y lamentado del destino por enamorarla, según decía, de un tipo como Angelito, quien la vuelve loca con celos generalmente infundados y otras no tanto, dado que cuando está sola y fumada es presa fácil de cuanto abusador rondara por la zona, es decir, por la Mansión Morris.

Con Ale nos tiramos en la cama y jugamos una partida de ajedrez, hasta que nos vence la modorra de la tarde fresca y lluviosa y ella, no yo, sugiere que como de pronto ha vuelto la luz veamos un rato la microtele que el mes pasado nos regaló el padre; pero ¡ups! se corta otra vez y para qué, porque ella empieza a putear contra Segba y el gobierno y Alfonsín y la cristiandad y el clima de mierda y la mar en coche. Todo mal. Entonces, para salvar la situación o guardarla bajo la alfombra, como quien dice, yo sugiero, ahora si, que nos durmamos una siestita hasta que sea la hora de cenar, arroz, lo de siempre últimamente, porque el vino y el aburrimiento me han dejado abatido, medio exánime pero todavía con ganas de echarme un polvo si es que a Ale se le pasa la calentura y de algún modo se presta a satisfacer la mía.

Como no quiere porque me duele la cabeza por ese vino berreta que tomamos y creo que me voy a descomponer, le digo al oído que si no me voy a ver a la Cabezona, quien duerme en la otra pieza, y ella, Alejandra, me responde con un lacónica andate a la mierda, si querés. La otra opción, repongo, es que como hace frío y la Cabezona debe sufrir del ídem, la invitamos a nuestra cama y nos calentamos los tres, ¿si?. Y Ale, no hay caso, se revuelve entre las sábanas y las frazadas mientras mastica un pletérito dejame de hinchar las pelotas y dormite de una vez pues, con respecto a la última propuesta, se la ha tomado en broma aunque fue formulada con toda seriedad.

De manera que, a mi vez, me vuelvo y me arropo y observo a través de la ventana el techo de nubes plomizas que suelta el aguacero y con el ruido de la lluvia como fondo me sumerjo en cierto letargo del que despierto cuando ha comenzado a anochecer y ya no llueve. ¿Me dormí? Lo ignoro; tengo la sensación que sí, por la erección y el entumecimiento, pero se me hace que no. Ni siquiera tengo resaca. Miro el reloj: las 6 PM. Pienso que solamente me abstraí y nada más; que de algún modo me borré del mapa de la vida por espacio de casi dos horas sin haber descansado ni soñado ni nada. Como si hubiera desaparecido, sencillamente. Mientras Ale ronca a mi lado.

Hete aquí que ya no llueve; lo descubro a través de dicha ventana por la que entra la única luz mortecina y gris que ilumina la pieza de la Mansión, ya que Segba no se ha dignado aún a devolver el fluído eléctrico. Por allí descubro también a la gente sobre el techo vecino, que mira hacia el oeste, supongo, escudriñando el paisaje o como esperando la carroza o la llegada de los reyes magos: con cierta esperanza teñida de desazón. Enseguida los veo preocupados, más bien; ni esperanza ni desazón, sino una expectativa sibilina. ¿Por qué razón? No lo sé, si bien elucubro varias posibilidades: 1) se ven platos voladores; 2) hay aurora boreal; 3) el Sol asoma su puntita sobre la mar; 4) ha habido un choque múltiple en la autopista; 5) Moisés amuralló el río Reconquista, a unos trescientos metros, y nosotros aquí, como si nada; 6) etcétera.

Ayudado con unos empujoncitos descuidados despierto a Alejandra, que extraña e inesperadamente me echa una mirada sonriente y afectiva y me abraza y de pronto parece dispuesta al acoplamiento marital, como yo hasta hace un rato largo. Me besa y lame mis labios y le masajeo los pechos y mete una mano bajo el canzoncillo para descubrir la erección postsueño o postdesaparición o suspensión vital que he sufrido durante las últimas dos horas y eso parece gustarle, porque hasta allí, hasta el homo erectus va su boca y hace el trabajo con regular intensidad cuando yo le digo pará pará que nos ven los vecinos y ella exclama ¿¡qué!/? con sorpresa pues no se imagina que los vecinos, ciertamente, están sobre aquel techo oteando el horizonte, imagino, echando algún vistazo a nuestra pieza a través de la ventana que carece de persiana americana porque una vez, meses atrás, se trabó y la cagué a trompadas hasta que nada quedó de ella, de la persiana blanca de plástico.

Ale abandona su placentera faena, ve a los dos hombres y a la mujer y pregunta o se pregunta qué pasa, tal vez elucubrando sus propias opciones. No tengo idea, le contesto. Qué raro, ¿no? Ajá. Qué estarán mirando. Hum. Ambos coincidimos en un mohín y ella, envuelta en la colcha, se incorpora y cuelga un toallón de dos clavos en los ángulos superiores de la ventaña, pequeña ventana, en fin, que puede ser cubierta con un toallón de baño mediano. Vuelve a la cama, se quita la remera y se me prende cual garrapata, succionándome la yu-

gular hasta que siento la sangre filtrándose por mi piel. Ale me observa detenidamente, los labios y las comisuras enrojecidas. Los ojitos marrones chispean; la boca y la lengua paladean; los desnudos pechos colgantes palpitan; los pezones vibran. Y, finalmente, se pone de perfil, de costado, como le gusta, lo cual imito; toma el miembro erguido y lo instala entre los tibios pliegues de su jugosa vulva, iniciando el violento proceso coitomasturbatorio con el que se llena de placer y acaba como un rayo acompañado por un aaaaaahhhhhh en lugar del trueno. Yo hago lo propio, simultáneamente, con el pezón grande como una ciruela pasa entre mis dientes y con otro largo y agónico aaaaaahhhhhh cuyo agudo estertor roza las alas de los ángeles y la cola del diablo, como quien dice.

No hay nada que hacer: ella y sus tetas me pueden. Por más que me diga y eventualmente anuncie en público que más temprano que tarde he de dejarla pues me tiene hartado con su carácter de mierda y sus caprichos y sus salidas mordaces, será Alejandra quien ponga los pies en polvorosa tras los pasos del primer tipo de pelos largos que se le cruce en el camino. ¿Conté ya que tiene debilidad por los morochos pelilargos...? ¿Conté ya que son castaños claros los pocos cabellos que me van quedando...?

Nos quedamos así, abrazados, un ratito, hasta que todo termina cuando comienzo a masajearle el ano con el dedo índice de la mano derecha, lo cual ella detesta. Lo reconozco: sufro de fijación anal; sufro en tanto no

he hallado, a esta altura de mi vida, la mujer que me convoque o al menos me autorice a realizar un reconocimiento profundo de esa zona inexplorada, aparentemente prohibida del cuerpo. Y tal vez, sólo tal vez, que ella haga lo propio, aunque por ahora no me imagino de qué modo.

Entonces me aparta; de pronto parece fastidiarse y dice querer limpiarse el semen que le chorrea por el muslo, una impresionante cantidad de semen blanquecino. Me pide que busque papel higiénico del baño y obedezco, no sin echar un vistazo furtivo por la puerta entreabierta de la pieza donde duerme la Cabezona, con quien no pierdo las esperanzas de concretar un menage a trois que ya he soñado con distintas protagonistas, ya descritas y/o mencionadas. Pero ella, la Cabezona, duerme cual marmota tapada hasta la coronilla.

Vuelvo a la cama. Dormitamos un rato, diez o veinte minutos, más o menos. Se inicia el burbujeo. ¿Que qué burbujeo? El burbujeo que primero ignoramos y después nos preguntamos qué carajo es ese ruido que parece un burbujeo venido de las entrañas de la Tierra, igual o muy parecido al que producen los sumideros pluviales de la calle al rebalsar. ¿Qué carajo es ese ruido?, pregunta Ale. Parece agua, repongo. ¿Acá? No sé..., si..., parece acá. Ausculto los alrededores pero en la pieza todo parece estar normal. Viene de abajo del piso, comento. ¿De abajo del piso...? Creo que sí. ¿Será el baño?, pregunta. Hum y me aventuro hacia el

sitio susodicho, donde nada deja salir inopinadamente agua, ni las canillas ni la mochila del inodoro, como puede llegar a ocurrir en cualquier hogar que se precie.

Me tiro sobree la cama y todo bien, le informo y propongo a Ale jugar al ajedrez, echarnos otro polvo, si cabe, o cocinar. Opta por lo tercero, mientras el inextricable burbujeo venido del submundo se hace más audible, más intenso. Coincidimos en cenar temprano y en la cama, teniendo en cuenta que es improbable que alguien venga esta noche a la Mansión, que ni siquiera Robert y Julio retornen. Así que pretendo ponerme nuevamente de pie cuando las plantas de los mismos se posan sobre la película de agua que se filtra por entre el machimbrado del suelo. Oh oh, me quejo; creo que brota agua del piso, informo. Ambos miramos y, en efecto, en el mencionado lugar se forma una laguna que cobra profundidad con inusitada rapidez. Qué mierda está pasando, chilla Ale.

No tengo nada más que ir a la cocina-comedor, abrir la puerta que da al patiesito que a su vez da al pasillo y echar un vistazo a este último y a la calle para hallar la infausta respuesta: el mundo se está inundando. La calle Quequén es un río de aguas fétidas que se introducen por los respiraderos del piso de la casa y finalmente brotan por las rendijas del machimbre.

Está todo inundado, le grito a Ale desde el patiesito, y no llueve, añado sin necesidad. Ella, envuelta otra vez en la colcha, se asoma y realiza idéntico descubrimiento. ¿Y ahora?, pregunta. Supongo que nos tene-

mos que ir, digo. ¿Y las cosas? ¿Las cosas...? Las cosas eran todo un asunto, pues el agua subía y subía y nos llegaba a las pantorrillas cuando retornamos a la pieza, estupefactos. Llevemos lo que podamos y lo demás... ¿¡Lo dejamos!?! Y..., si..., no podemos llevarnos la heladera ni el colchón, ¿no? Supongo que no, asiente. Y presas de una especie desconocida de angustia, nos dedicamos a vestirnos con short y remera y buzo y ojotas, a llenar un bolso con algo más de ropa y los documentos y alguna chuchería más y a colocar en los estantes superiores del placard todo lo que en ellos cabe. Qué más se puede hacer en circunstancias similares.

Sin embargo, cuando nos proponemos salir de la casa, con el agua por encima de nuestras rodillas, caemos en la cuenta que es imposible hacerlo por la calle. ¡Es un río!, exclama ella con terror. ¿Y ahora...? ¡Ey! ¡Ey!, nos chista el vecino desde el techo de su casa; van a tener que salir por el techo, por la parte de atrás, nos recomienda. Miramos a un lado, a otro, y obedecemos, sin otras alternativas a la vista. Ayudo a Ale a subir el paredón y la sigo hasta el techo de nuestra casa y luego a la terraza de otro vecino, que nos recibe de buen modo, convidándonos con un mate caliente que ceba de un termo, mientras el resto de su familia se repara en la carpa que han armado con anterioridad. Se desbordó el río nomás, comenta el tipo.

Antes de cruzarnos al siguiente techo, echamos un vistazo el patio de la Mansión Morris: el agua tiene más

de un metro dentro de la casa y sigue subiendo. ¿Este es el fin...?, me pregunto. Luego seguimos camino y escalando una casa tras otra, donde cada vecino nos espera como a exiliados, con los brazos abiertos, incluso ofreciéndonos de comer y hasta un lugar en las carpas que todos, pero todos armaron en las alturas durante la tarde, mientras vigilaban al río. Al fin alcanzamos el otro lado de la manzana, casi en la esquina de Levalle, donde el agua aún no ha llegado pero todos coinciden en que llegará. Con lo que llovió, dice un viejo baqueano del lugar, llegará.

Con las cabezas gachas y sin hablarnos, andamos o, mejor dicho, arrastramos nuestras almas hasta la estación del ferrocarril, donde nos sentamos en el frío banco de cemento luego de enterarnos por el boletero que los trenes están suspendidos por la lluvia y no tenemos forma de abandonar William Morris, puesto que los colectivos andan menos.

Allí, medio temblando por el frío, paso el brazo por encima del hombro de Alejandra y ella se deja abrazar, apoyando la sien en mi lado izquierdo. Para esto estaba la gente sobre el techo, dije. Ajá. Qué boludos... Tendríamos que haber preguntado, ¿no? Ajá, se limita a asentir Ale. Si hubiéramos sabido antes que se venía la inundación... Qué podíamos hacer... No sé, subir los colchones y lo que pudiéramos al techo para salvar algo, como la heladera. Entonces nos tendríamos que quedar a cuidar las cosas y... no tenemos carpa, señala ella. Tenés razón, pero... Qué. Ahora me siento mal,

digo. Yo también.

Le doy un beso en la mejilla; ella se deja besar. Como nunca antes, la nota abatida, aun sin conocer el futuro: que no volveremos a la Mansión hasta una semana después, cuando el río se retire y deje su tendal de barro pútridos e infectos que arruinarán definitivamente miles y miles de colchones, frazadas, colchas, sábanas, camperas, pantalones, cortinas, heladeras, cocinas, televisores, tocadiscos y radiograbadores y miles de cosas más que los pobres de William Morris tardarán años en reponer, muchos nunca, únicamente porque el gobierno se ahorró algunos millones en obras no hechas.

Gus. ¿Hum? Tengo la sensación que nos olvidamos de algo importante. Veamos. Reviso el bolso con la poca ropa que rescatamos y los documentos y las monedas que sobraron de la última changa que Ale logró pegar, como personal de limpieza en una clínica de Villa Tesei. ¿Los discos, los libros?, cuestiono. No sé, dice ella, dubitativa.

De a poco, la estación comienza a llenarse de parias como Ale y como yo, buscando refugio o medio de transporte. Como fuimos los primeros, a quienes van llegando les decimos que no hay tren, están suspendidos por la lluvia. Los gestos, los rostros se parecen todos, no porque tengan un origen étnico común, sino porque los ha cincelado durante siglos el mismo abatimiento que ahora marca arrugas en la cara de Alejandra y tal vez en la mía, ya que no puedo verme. De

nuevo, por enésima vez, a todos los parte un rayo; nos parte un rayo. Y no hay Dios que se apiade de nuestros espíritus en medio de esta catástrofe que pinta más para crimen que para desastre natural. ¿Necesito repetir por qué?

Gus. ¿Hum? Ale se yergue en el húmedo asiento de cemento de la estación, donde puede que jamás llegue un nuevo tren. ¡Nos olvidamos a la Cabezona!, exclama.